

Junio de 2017



Mariposas y campanas

Me senté y observé dos mariposas trazando y trazando una y otra vez sus giros holgazanes sobre el verde borde de la orilla del río. El río era ancho y rápido. El sonido de las campanas tañendo me llamó la atención y miré intencionalmente al otro lado del río para encontrar su origen. Allí vi, al principio, algunas vacas, y luego muchas, que caminaban lentamente al lado del río, cada una con una campana colgando de su pescuezo. Mientras se reunían para alejarse del río para regresar a casa, el coro de sus campanas se hizo un gran crescendo. Una suave sensación de asombro y gratitud comenzó a elevarse en mi corazón y, de repente, estaba allí, viva a una realidad diferente; dándome cuenta de mí misma en el momento que se desplegaba ante mí.

*“Oh, la alegría de mi alma esbelta, preparada por sí misma, que recibe identidad de lo material y lo ama:
Mi alma vibró en respuesta a ello, por la vista, el oído, el tacto, la razón, la articulación, la comparación, la memoria y lo similar. La vida real de mis sentidos y mi carne trascendiendo los sentidos y la carne;
mi cuerpo hecho con lo material, mi vista hecha con mis ojos materiales,
me demostró en este día más allá de los reparos que no son mis ojos materiales los que finalmente ven...”*
Walt Whitman

Extraño que no había notado el momento en que mi mundo se había contraído a solo las dos mariposas; qué clara y simple era la diferencia del estado en el que ahora me encontraba. Es tan fácil deslizarse a la imaginación o el sueño despierto sin notarlo siquiera. Tuve suerte de que las campanas llamaran mi atención y que entonces el encanto rústico y la belleza de la escena evocaran mi momento de consciencia. ¿Es posible *evocar* tal consciencia? Sí, tales técnicas son parte del conocimiento esotérico disponible en Escuelas que existen para el único propósito de enseñarles a quienes quieran aprender, cómo estar presentes a sus vidas.

Como seres humanos, heredamos el derecho a estar presentes solo por nacer. La vida de todos se enriquece por momentos de Presencia sea que nos demos cuenta de ellos y los valoremos, o no: son los momentos que recordamos.

*“Las escuelas tienen el privilegio de hacer esfuerzos en el lugar correcto,
para la deidad interior, a propia presencia.”*
Robert Earl Burton

Lo sorprendente es qué fácil es olvidar simplemente la magnitud del cambio desde nuestra vigilia normal a la Presencia. Hay una tendencia arrolladora dentro de nosotros a reducir este brillo delicado, interior, a algo ordinario. El impulso de nuestra actividad cotidiana produce un efecto nivelador que opaca el sentido de valoración por ese estado elevado. Nos encontramos arrastrados por las apuradas corrientes de la vida: nuestros miedos, enfermedades y obligaciones; la necesidad de dinero y la agitación de lo que nos hace falta; lo que conseguimos o no: estas cosas nos distraen de nuestras aspiraciones más profundas.

“Estar presente es glorioso. . . Pero con mucha ligereza olvidamos lo que nuestro vecino que ríe nunca confirmará ni envidiará. Queremos elevarlo en lo visible cuando hasta la alegría más visible puede revelárenos cuando la hayamos transformado interiormente.
En ninguna parte, mi amor, puede haber Mundo más que dentro de nosotros.”
Rainer Maria Rilke, Elegías de Duino, “Séptima elegía”

Afortunadamente para nosotros, la Presencia puede producirse no solo por la belleza sino también por el sufrimiento. Quizás tú también hayas mirado cómo un amado fue rebajado al suelo y hayas visto el secreto sutil de la vida. El tiempo y las apariencias se desplomaron y, por un momento, el velo fue levantado.

Nadie desearía cosas así, y sin embargo las alegrías de la vida están entretrejidas con tragedias, irritaciones y dolor emocional: esta fricción le da al corazón de nuestro anhelo por el Amado su oportunidad de levantarse contra las pasiones y el ardiente interés por sí mismo que encontramos tironeando en el corazón, para ser impulsado así hacia la claridad y la paz de la Presencia Divina.

*“Hay una cesta de pan fresco en tu cabeza, y aun vas de puerta en puerta pidiendo migajas.
Llama a tu propia puerta interior. A ningún otra. Chapotea hasta la rodilla en el agua fresca del río;
todavía te mantienes queriendo un trago de las cantimploras de otras personas.
El agua está en todas partes a tu alrededor,
pero solamente ves las barreras que te mantienen apartado del agua.”*

Rumi

Sydney Russell, Amsterdam